





Las aventuras  
de Pepe el *Mocoso*

Ediciones La Rana, casa editorial del Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, ofrece a sus lectores, con motivo del día 12 de noviembre, Día Nacional del Libro, “Las aventuras de Pepe el *Mocoso*”, obra ganadora en la categoría de cuento del V Concurso Regional de Literatura para Niños; fue publicada por primera vez en *Nave de letras*, en coedición con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (2007).

Las aventuras  
de Pepe  
el Mocososo

*Ma. Isabel Padilla Ortiz*



EDICIONES LA RANA

Diseño de cubiertas e interiores: Tonatiuh Mendoza

Del texto:

© Ma. Isabel Padilla Ortiz

De las imágenes:

© Óscar Aurey Osornio López

De esta edición:

D.R. ©  EDICIONES LA RANA

Instituto Estatal de la Cultura

Paseo de la Presa núm. 89-B

36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición, 2008

Impreso en México

*Printed in México*

ISBN 978-970-724-116-9

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores para fomentar el respeto por el trabajo intelectual, es por ello que les informa que la Ley de Derechos de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.



LAS AVENTURAS  
DE PEPE  
el *Mocoso*



PEPE CORRIÓ VELOZ. En un segundo llegó hasta el objeto que había visto brillar. “No va a ser fácil sacarlo”, dijo mientras escarbaba. Miró al cielo. Había una sola nube, justo encima de él. Con sus manos formó unos binoculares y observó. “Hay una nave escondida en la nube”, dijo con certeza. Cubrió su tesoro con papeles, botellas y pedazos de plástico. Al levantar una bolsa, descubrió la capa que algún súper héroe había perdido: un trapo viejo y sucio. En su cara se dibujó una enorme sonrisa chimuela; se amarró la capa al cuello y cruzando los brazos se puso a vigilar. Volteó de nuevo al cielo y vio que la nube se alejaba. Esta vez había triunfado. Estiró los brazos, respiró todo el aire que pudo y corrió en zigzag. El viento ondeaba su capa y Pepe volaba. Sentía que volaba. La burla de sus vecinos lo aterrizó. “¡Miren, es Pepe el *Mocoso!*”, gritó uno. Todos soltaron una carcajada y gritaron al mismo tiempo: “¡El *Mocoso*, el *Mocoso!*”. De la única bolsa de su pantalón, Pepe sacó una resortera, recogió unas piedras e inició el ataque. Los niños esquivaron los proyectiles y su burla se volvió enojo. Pepe corrió a su casa. Sus vecinos fueron tras él. La mamá de Pepe vio que su hijo era perseguido por cinco niños más grandes. Aventó los cartones que cargaba y corrió a su encuentro. “¡Métnense con uno de su tamaño!”, gritó. Pepe abrazó a su mamá y ella le sacudió el pelo. “No busques pleito”, le dijo. Pepe le explicó que tenía que regresar, que había descubierto un tesoro y que iría volando. Su mamá vio el trapo sucio que su hijo traía amarrado al cuello y se lo quiso quitar. Pepe la miró enojado. En



ese momento llegó su papá. “Una capa nueva, ¿eh?”, le dijo, mientras sonreía. Pepe tomó vuelo y corrió a abrazarlo; se trepó a sus hombros, y desde arriba volteó a ver el sitio donde había escondido su misterioso tesoro.



Pepe madrugó para buscar una pala en su costal de juguetes. El ruido despertó a su papá. “¿Qué buscas?”, le preguntó. “Encontré una cosa brillante, pero está enterrada”, le explicó el niño. El papá se levantó, tomó un maletín y sacó un martillo con el mango roto y unas pinzas. “Ten, esto te puede servir”, le dijo. La mamá prendió el brasero y preparó atole de maíz para el desayuno. Pepe salió de su casa bien armado para su nueva aventura: con sus herramientas nuevas y la panza satisfecha. Y se echó a volar.

Esa mañana, unos camiones habían llegado muy temprano a descargar basura. Pepe buscó con la mirada el sitio donde había escondido el tesoro. Su corazón retumbó al ver que un robot sepultaba su preciado objeto. “¡Ahí no!”, gritó desesperado. “¡Ahí no!” Y corrió agitando sus manos. Pero todo fue inútil, nadie lo escuchó y su tesoro quedó bajo toneladas de basura. Las lágrimas amenazaban con salir. Pepe se talló los ojos con una mano, y con la otra se limpió los mocos. Miró al cielo. Cinco naves se movían lentamente. “¡Ustedes tienen la culpa!”, gritó.

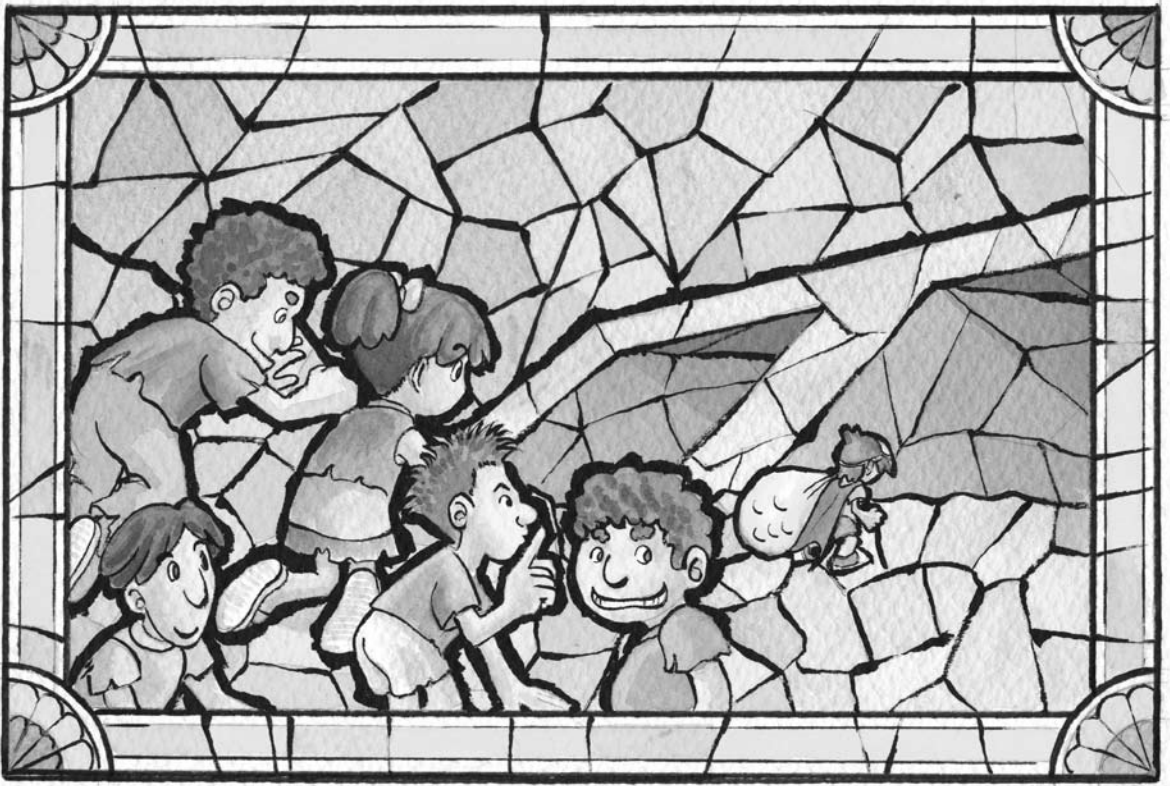
Pepe tomó sus binoculares y descubrió que sobre su tesoro los robots habían levantado una gigantesca montaña, la más alta del mundo. Estiró los brazos y voló a la conquista de ese nuevo territorio. Desde la cima, divisó un panorama insólito: ¡Miles de brillantes regados titilaban entre la basura! Un guiño de sol multiplicado, fulgurante ante sus ojos. Pepe quedó pasmado. No lo podía creer.

Gritó fuerte, muy fuerte. Brincó, corrió, echó maromas en el aire, agitando su capa. Volteó al cielo y vio a las naves que se alejaban. Se sentó a vigilar, feliz, satisfecho. Al pie de la montaña, descubrió a sus papás buscando latas y cartón. Miró de nuevo al cielo. Las naves ya no estaban. Había llegado la hora de actuar. ¿Dónde escondería tantos brillantes? Buscó con la mirada y a lo lejos vio unos agujeros enormes: el abismo prohibido. Sus papás no lo dejaban ir a ese lado del basurero, porque era muy peligroso. Del otro lado había cuevas. Sí, ése era el lugar perfecto. Pepe estaba seguro de que las naves regresarían para llevarse los brillantes, pero él no lo permitiría. Corrió de regreso a su casa por un costal. Su corazón latía muy rápido.

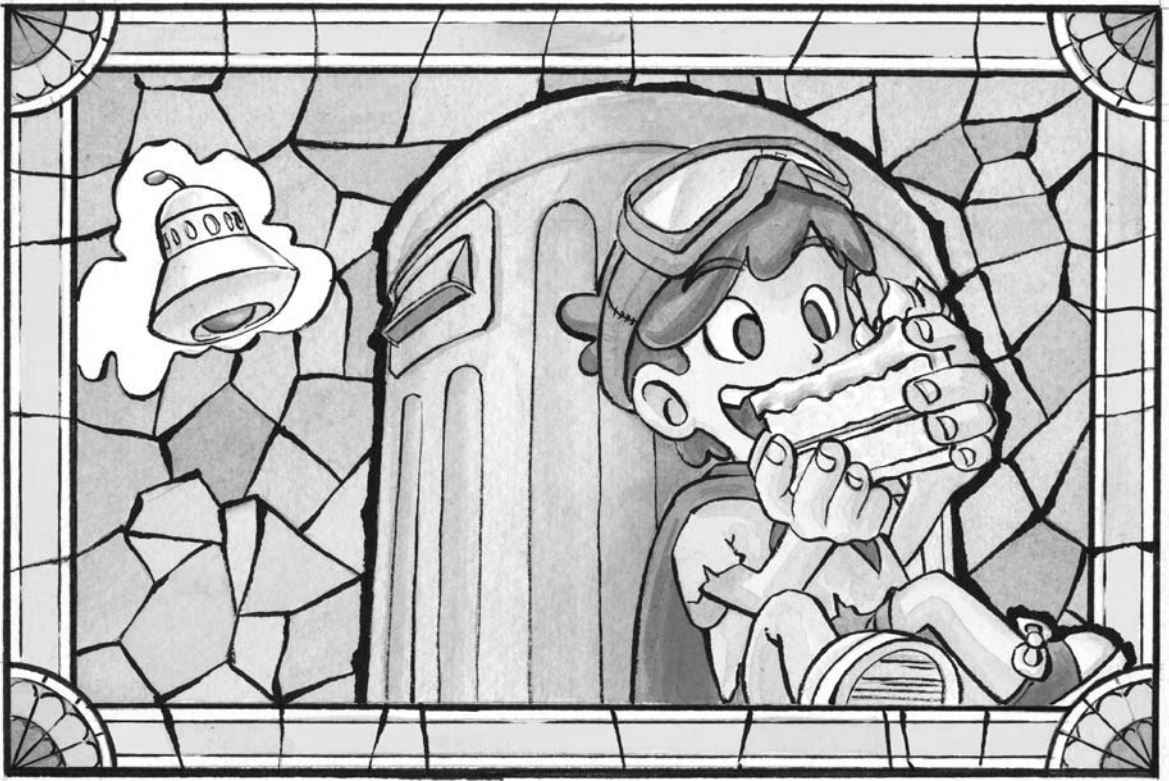


Pasaron cuatro horas, y Pepe sólo había logrado desenterrar ocho brillantes. El costal estaba lleno. Con mucho esfuerzo lo arrastró por todo el basurero, hasta llegar a las cuevas. Escogió la más alejada para esconder su tesoro. Adentro estaban los niños que el día anterior se habían burlado de él. Escucharon un ruido y se asomaron. Vieron a Pepe arrastrando el costal y tramaron su venganza. Pepe, que no se había dado cuenta de la presencia de los niños, soltó el costal y entró a la cueva. A escondidas, los chiquillos se robaron los brillantes. Pepe escuchó risas, salió rápido de la cueva y vio a sus vecinos llevándose su costal. Corrió tras ellos, les exigió que se lo devolvieran. Luego les rogó. Como respuesta obtuvo burlas y pedradas. No podía hacer nada. Eran cinco contra uno. Había perdido esa batalla. Volteó al cielo y vio una nube. Entrecerró los ojos. Esta vez la nave había enviado a cinco ayudantes para robarle su tesoro.

Su panza hacía ruidos extraños. Decidió ir a su casa para comer. Más tarde regresaría a buscar más brillantes o a recuperar



los que le habían robado. Llegó a su casa, pero sus papás todavía no regresaban. Buscó en la canasta del mandado, en la cazuela, en la olla, en el tortillero: No había nada, ni siquiera poquito atole. Se puso a jugar con sus carritos, pero el hambre no lo dejaba en paz. Se sentó junto a la puerta de su casa para esperar a sus papás. Pasó el tiempo, y la panza ya le dolía. Una vecina que pasaba le dijo que sus papás tardarían en llegar, pues la fila para vender las latas era muy larga. Pepe tenía mucha hambre. En ese momento, un camión descargaba basura. Sus ojos se toparon con una bolsa transparente que guardaba un pedazo de pastel. “Mmmmmm...”, se saboreó. Eso podría calmar su hambre. Lo tomó y regresó a su casa a esperar a sus papás. De pronto recordó que su mamá le tenía prohibido recoger comida del basurero. Pero él tenía mucha hambre. Abrió la bolsa y



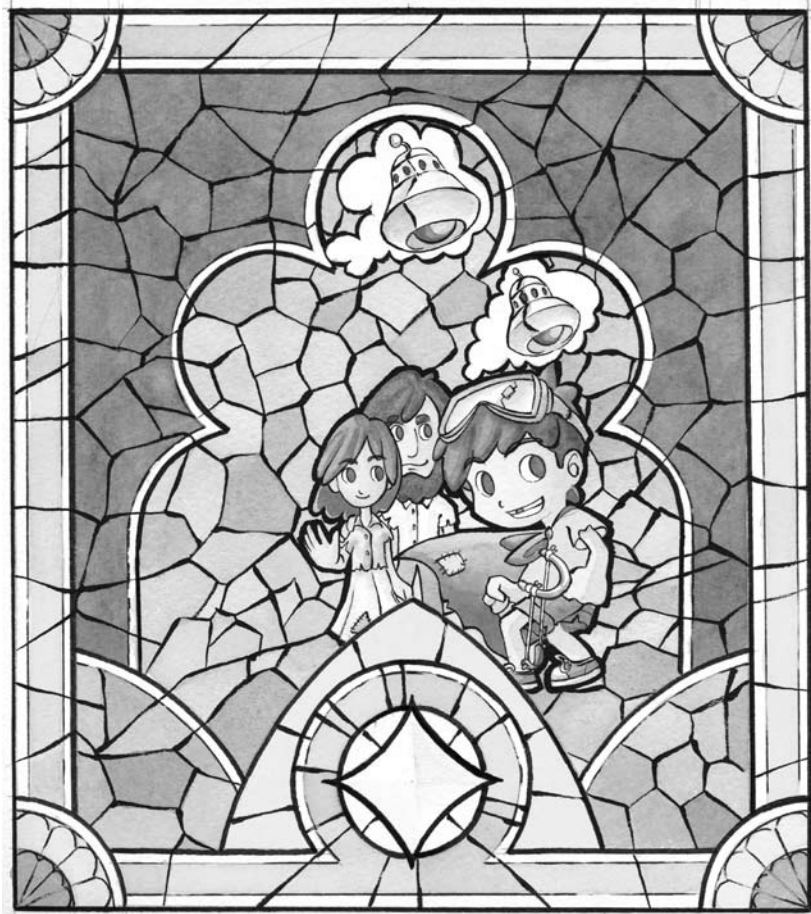
con un dedo tomó betún. Luego le dio una mordidita al pastel, luego se lo devoró. Se sobó la barriga. El hambre se había ido. Ahora sí podía regresar a buscar más brillantes. Entró a su casa y buscó otro costal; ahora tenía que ser uno más grande. Antes de salir, buscó su resortera para defenderse. Afuera, vio una nave, justo encima de su casa: Habían descubierto dónde vivía. Pepe corrió, tenía que esconderse porque iban a atacarlo. Un fuerte dolor en la panza lo detuvo. El pastel estaba podrido, pero Pepe estaba seguro que su dolor era porque los tripulantes de la nave lo atacaban. El dolor se hizo más intenso, tanto que Pepe cayó de rodillas al suelo. Se levantó y caminó de regreso a su casa. Pero no llegó. Quedó tendido bajo una nube que se desvaneció con el viento.



Tres días habían pasado desde que Pepe enfermó de gravedad. Recostado en su cama, abrió los ojos y lo primero que vio fue el rostro de su mamá que le sonreía.

“Qué bueno que estás de regreso”, le dijo, dándole un beso en la frente. “Voy a calentar el caldito para que comas.” Pepe se sentía débil y no sabía qué le había pasado. Se llevó las manos al estómago, y recordó: “¡Me llevaron los de la nave!”. Su mamá lo miró enternecida. “Ya vas a empezar.” Dos días después, y con la promesa de no volver a comer nada de la basura, Pepe se preparaba para salir a jugar. Iba cargado con herramientas y costales. Ahora sí, todos los brillantes serían suyos. Había encontrado el mejor de los escondites: su casa.

Al abrir la puerta, descubrió un panorama distinto: Las montañas habían desaparecido. Su papá le explicó que en los grandes agujeros –el abismo prohibido– habían sepultado la basura. Pepe quedó inmóvil. ¿Y sus brillantes? Suspiró desilusionado. El olor del basurero penetró por su nariz; era un olor desagradable, pero a Pepe no le molestaba. Ése era su hogar. A lo lejos, descubrió a unos invasores disfrazados con ropa amarilla. En el cielo, una nave se deslizaba sigilosa. Estaba seguro que habían regresado a quitarle su tesoro. Sonrió. Tomó su capa y se la ató al cuello. Iniciaba una nueva batalla.



Para la elaboración de este libro se utilizó el tipo Warnock Pro; el papel fue bond crema de 90 gr.

*Las aventuras de Pepe el Mocosito* terminó de imprimirse en el Taller del IEC, en octubre de 2008.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Luz Verónica Mata González y Tonatiuh Mendoza.

El tiraje fue de 1 000 ejemplares.